

La Pastora y los Gansos

Hermanos Grimm



Vivía hace tiempo una anciana reina cuyo marido había muerto hacía ya muchos años. Tenía una hermosa hija que, al cumplir la edad de casarse, se prometió con un príncipe que vivía a gran distancia. Cuando llegó el momento de la boda y la muchacha tuvo que emprender viaje hacia el lejano reino, la madre le dio muchos costosos utensilios de oro y plata; vasos, tazas, también de oro y preciosas alhajas. En fin, todo lo que forma parte de un ajuar real, pues amaba a su hija con todo su corazón. También le ordenó a una camarera que la acompañase en el trayecto y la entregase al novio. Cada una recibió para el viaje un caballo, pero el de la princesa se llamaba Falada y sabía hablar.

Cuando llegó la hora de partir, la anciana madre se dirigió a su habitación, tomó un pequeño cuchillo y se hizo un corte en los dedos. Dejó caer tres gotas de sangre en un pañuelito blanco que luego entregó a su hija, diciéndole:

—Guarda bien estas gotas de sangre, querida niña. Quién sabe si te harán falta en el camino.





A continuación las dos se despidieron con pena. La princesa guardó el pañuelito en su seno. Montó a caballo y partió al encuentro de su prometido. Cuando llevaban cabalgando un buen trecho, sintió mucha sed y le dijo a su camarera:

- Bájate, saca ese vaso que llevas para mí y tráeme agua, porque tengo sed.
- Si tenéis sed —repuso la camarera—, bajad vos misma, poneos a la orilla y bebed. Yo no soy vuestra sirvienta.

La princesa se bajó, pues tenía mucha sed, se inclinó sobre el arroyo y bebió, pero al no poder beber en el vaso de oro, exclamó:

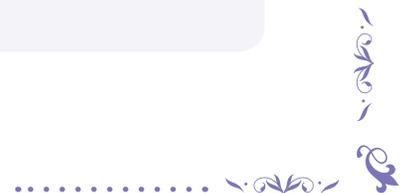
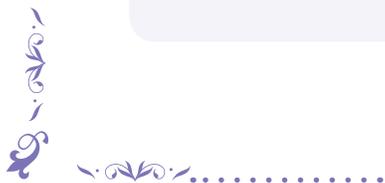
—¡Dios mío!

Y las tres gotas de sangre respondieron:

—Si tu madre lo supiera, el corazón de dolor se le partiera.

Pero la princesa era humilde y no dijo nada. Montó de nuevo en el caballo y así cabalgaron unas cuantas millas. El día era realmente caluroso, el sol pegaba con fuerza y la joven volvió a sentir sed. Llegaron a un río, y le dijo a su camarera:

—Bájate y dame de beber en mi vaso de oro.





Y es que había olvidado hacía rato todas sus palabras de mala voluntad.

Pero la camarera contestó, aún más altanera:

—Si tenéis sed, bebed vos misma. Yo no soy vuestra sirvienta.

La princesa puso pie en tierra, pues tenía mucha sed. Se inclinó llorando sobre la corriente de agua y dijo:

—¡Ay, Dios mío!

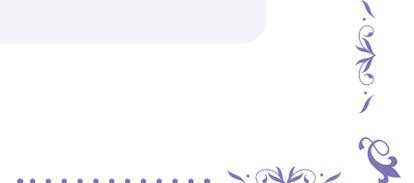
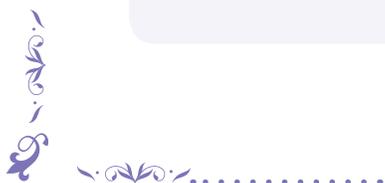
Y las tres gotas de sangre respondieron:

—Si tu madre lo supiera, el corazón de dolor se le partiera.

Mientras estaba bebiendo, inclinada sobre el río, se le cayó al agua el pañuelito con las tres gotas de sangre, y la corriente se lo llevó sin que ella, en su gran angustia, se diera cuenta. La camarera, sin embargo, lo había visto todo y se regocijó de tener ahora poder sobre la novia, pues al perder las tres gotas de sangre la princesa había quedado indefensa y carente de toda protección.

Y así, cuando ésta quiso subir a su caballo, que se llamaba Falada, dijo la camarera:

—En Falada voy a ir yo. Móntate tú en mi jamelgo.



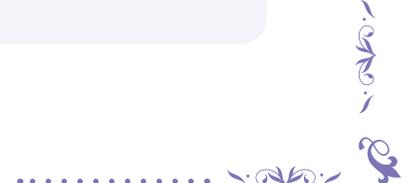
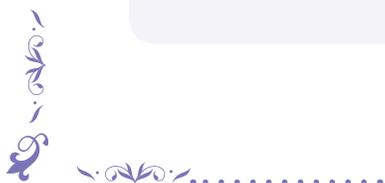


Luego la camarera, con palabras duras, le hizo quitarse las vestiduras reales y ponerse sus andrajosos vestidos. Y la obligó a prometer ante el cielo que no hablaría con nadie de todo esto en la corte real. Si la princesa no lo hubiera jurado, la habría matado allí mismo. Pero Falada lo vio todo y tomó buena nota de ello.

La camarera montó, pues, en Falada y la verdadera novia en el mal rocín, y así continuaron hasta llegar por fin al palacio real. A su llegada se produjo una gran alegría. El príncipe salió a su encuentro y bajó a la camarera del caballo, creyendo que se trataba de su prometida. La condujeron arriba por la escalinata, mientras la verdadera princesa se quedaba abajo.

El viejo rey, sin embargo, estaba mirando por la ventana y la vio sola en el patio. Observando lo fina, suave y hermosa que era, se dirigió rápidamente al aposento real y le preguntó a la novia quién era aquella muchacha que traía consigo y que estaba allí en el patio.

—Es una joven que he recogido en el camino para que me hiciera compañía. Dadle algo para que trabaje y no se quede ociosa, mano sobre mano.





Pero al viejo rey no se le ocurría ningún trabajo para ella. No sabía qué hacer, y por fin dijo:

—Que vaya a ayudar al muchacho que cuida los gansos.

Este muchacho se llamaba Conrado, y la verdadera novia tendría ahora que ayudarle a cuidar los gansos.



Poco después la falsa novia le dijo al joven rey:

—Querido esposo, os pido que me hagáis un favor.

—Lo haré con mucho gusto —contestó él.

—Ordenad al matarife que le corte la cabeza al caballo que yo montaba. No ha hecho más que irritarme por el camino.

En realidad, temía que el caballo hablara y dijera cómo se había portado ella con la princesa.





Logró que el rey se lo prometiera y el fiel Falada tuvo que morir. Apenas esto llegó a oídos de la verdadera princesa, habló en secreto con el matarife y le prometió una pieza de oro si le hacía un extraño favor. En la ciudad había una puerta grande y lóbrega que ella debía atravesar cada mañana y cada tarde con los gansos. Le pidió que colgara la cabeza de Falada en aquella sombría puerta para poder verlo cada vez que pasara. El muchacho prometió hacerlo, y tras cortarle la cabeza al caballo la clavó en la lóbrega puerta. Por la mañana, cuando ella y Conrado salían, la princesa dijo al pasar:

—¡Oh, cabeza de Falada, que te veo ahí colgada!

Y la cabeza contestó:

—*¡Oh, princesa encantadora,
que pasas por aquí ahora!
¡Si tu madre lo supiera,
el corazón se le partiera!*

Salieron de la ciudad llevando los gansos al campo. Al llegar a la pradera, se sentó y se soltó los cabellos, que eran dorados como el oro puro. Conrado, al verlos, se maravilló con su brillo y quiso arrancarle unos cuantos.





Pero ella dijo entonces:

*—Sopla, sopla, viento alado,
quítale el gorro a Conrado,
para que corra detrás
hasta que me haya peinado
y tenga el pelo trenzado.*

Y entonces sopló un viento tan fuerte que le arrebató a Conrado el sombrero, haciéndolo volar a través del prado, y él tuvo que esforzarse en correr para alcanzarlo. Cuando regresó, ella ya había terminado de peinarse y adornarse, y él no pudo conseguir ningún cabello.

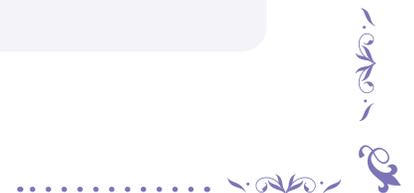
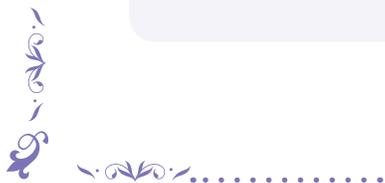
Conrado se enfadó, y siguieron cuidando los gansos sin que él le dirigiera la palabra, hasta que se hizo de noche y regresaron a casa.

A la mañana siguiente, cuando pasaban por la lóbrega puerta, dijo la muchacha:

—¡Oh, cabeza de Falada, que te veo ahí colgada!

Y Falada contestó:

*—¡Oh, princesa encantadora,
que pasas por aquí ahora!
¡Si tu madre lo supiera,
el corazón se le partiera!*





Ya en el campo, se sentó la joven en la hierba y empezó a peinarse el cabello. Conrado corrió y quiso agarrárselo, pero ella exclamó sin demora:

*—Sopla, sopla, viento alado,
quítale el gorro a Conrado,
para que corra detrás
hasta que me haya peinado
y tenga el pelo trenzado.*

Entonces sopló el viento y le sacó el sombrero de la cabeza con tal fuerza que tuvo que correr un buen rato tras él. Cuando regresó, ella ya se había peinado y trenzado los cabellos hacía tiempo, y Conrado no pudo agarrar ninguno. Y así estuvieron cuidando los gansos hasta que oscureció. Por la noche, tras regresar a casa, Conrado fue a ver al rey y le dijo:

—No quiero volver a cuidar los gansos con esa muchacha.
—¿Por qué? —preguntó el viejo rey.
—Porque no deja de hacerme rabiar en todo el día.

Entonces el rey le ordenó contar qué le pasaba con ella.





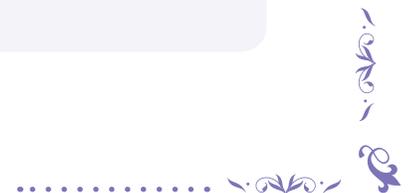
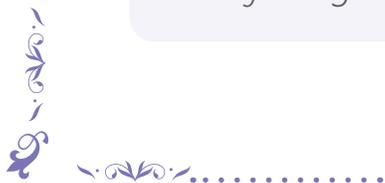
—Cada mañana —dijo Conrado—, cuando pasamos bajo la lóbrega puerta con los gansos, hay allí una cabeza de caballo colgada en la pared, y ella le dice: “¡Oh, cabeza de Falada, que te veo ahí colgada!” Y la cabeza contesta: “¡Oh, princesa encantadora que pasas por aquí ahora! ¡Si tu madre lo supiera, el corazón se le partiera!”

Y así siguió contando Conrado lo que pasaba en la pradera de los gansos, y cómo todos los días tenía que correr detrás del sombrero porque el viento se lo llevaba.

El viejo rey le ordenó que llevase a pastar los gansos al día siguiente, y él mismo, por la mañana, se puso detrás de la lóbrega puerta y oyó cómo ella hablaba con la cabeza de Falada. Luego la siguió hasta el campo y se ocultó detrás de un matorral. Con sus propios ojos pudo ver cómo la doncella y el pastor llevaban a los gansos, y cómo poco después ella deshacía las trenzas de su cabello, que relucían con gran brillo.

Inmediatamente volvió a decir:

*—Sopla, sopla, viento alado,
quita el gorro a Conrado,
para que corra detrás
hasta que me haya peinado
y tenga el pelo trenzado.*





En aquel momento llegó una ráfaga de viento que se llevó el sombrero de Conrado, de tal manera que tuvo que correr hasta muy lejos, y la muchacha se peinó y trenzó sus rizos tranquilamente, mientras el rey lo observaba todo. Luego regresó sin ser visto. Cuando por la tarde volvió la niña de los gansos a casa, la llamó aparte y le preguntó por qué hacía todo aquello.

—No puedo decíroslo ni puedo quejarme a nadie de mis penas, porque lo prometí ante el cielo. Si no, hubiera perdido la vida.

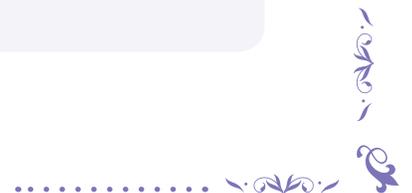
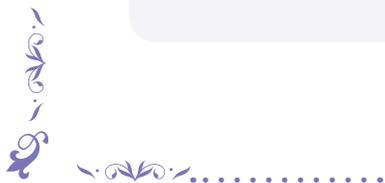
El rey la acosó con preguntas y no la dejó en paz, pero no logró arrancarle una sola palabra.

—Si no quieres decirme nada a mí —le dijo entonces—, entonces cuéntale tus penas a la estufa.

Y se marchó.

Ella se metió en la estufa de hierro y empezó a lamentarse y a llorar, descargando su corazón:

—Aquí estoy, abandonada de todo el mundo, a pesar de ser la hija de un rey, porque una camarera hipócrita me quitó mis vestidos por la fuerza y usurpó mi puesto ante el novio, mientras yo tengo que estar cuidando gansos. Si mi madre lo supiera, el corazón de dolor se le partiera.





El viejo rey estaba escuchándola al lado del tubo de la estufa, y se enteró de todo lo que ella decía. Luego entró de nuevo y la hizo salir de la estufa. A continuación la vistieron con sus vestiduras reales y era tan hermosa que parecía un milagro.

El viejo rey llamó a su hijo y le hizo ver que su novia era una impostora, pues no era más que una camarera, mientras que la verdadera princesa estaba cuidando gansos. El joven rey se alegró de corazón al contemplar su gran belleza y apreciar su juventud. Organizaron un gran banquete al que fueron invitados todos los buenos amigos y toda la gente del palacio. Arriba estaba sentado el novio, la princesa a un lado y la camarera al otro, pero la camarera estaba deslumbrada por la luz y no la reconoció con tan ricos ropajes. Después de haber comido y bebido se pusieron de buen humor, y el viejo rey le propuso a la camarera una adivinanza: qué castigo tendría una persona que hubiera engañado al rey de tal y tal manera. Y, tras contarle todo lo sucedido, le preguntó:





- ¿Qué es lo que se merece?
- Tal persona —dijo la impostora— merece una muerte cruel.
- Tú misma eres esa persona —le dijo el viejo rey—, y has pronunciado tu propia sentencia. Se hará tal como has dicho.

Cuando se cumplió la sentencia, el hijo del rey se casó con su verdadera prometida y ambos gobernaron su reino en paz y felicidad.

